

SEMANA SANTA EN IZTAPALAPA



Semana Santa y su simbología

Sonia Iglesias y Cabrera*

Los dos grandes momentos en torno a los cuales gira la cosmovisión católica, el nacimiento de Jesús y su muerte, han dado lugar, el primero, a la celebración de la Navidad, y el segundo, a la conmemoración de Semana Santa. En este texto nos ocuparemos de los años finales de la vida de Jesús, pues es precisamente Semana Santa la celebración litúrgica con que se recuerda su Pasión y su muerte. Recordemos que, en este contexto, el término “pasión” hace referencia al sufrimiento y a la serie de tormentos a que fue sometido Jesús poco antes de su muerte en la cruz, que todos conocemos.

La Semana Santa corresponde a la última semana del periodo de Cuaresma. Se inicia con el Domingo de Ramos y termina con el Domingo de Pascua de Resurrección. Es la festividad más solemne de toda la cristiandad por su sentido reivindicativo. En México reviste suma importancia por la multitud de manifestaciones culturales populares que origina en todos los estados de la república y la Ciudad de México, como las representaciones y vía crucis de la Pasión; las procesiones de Cristo y del Silencio; ofrendas de flores al Señor; el lavatorio de imágenes sacras o de prendas de vestir de los santos; ofrendas de ceras y flores a Cristo; bendición colectiva en las iglesias de palmas, pan, cereales, agua, comida y bebida rituales; ceremonias del Fuego Nuevo; ritos de fertilidad y de purificación; juegos y bromas rituales; danzas tradicionales y música de banda, además de verbenas, ferias y bailes populares acompañados de juegos pirotécnicos.

Cuaresma

Las fiestas religiosas relacionadas con Jesucristo se enmarcan en dos ciclos. El primero comprende el tiempo de la Natividad, que se inicia con el Adviento, continúa con la celebración de las Posadas, el nacimiento de Jesús, la Epifanía o adoración de los Reyes Magos, y termina con la Candelaria o fiesta de la Purificación de la Virgen María, el 2 de febrero. El segundo ciclo hace referencia a la Pasión y muerte de Cristo. Comienza con el carnaval, prosigue con la etapa de Cuaresma —dentro de la que se cuenta al Miércoles de Ceniza— y culmina con Semana Santa o la Semana Mayor.

* Museo Nacional de Culturas Populares (itzcoatli_7@hotmail.com).

El vocablo “Cuaresma” se deriva del latín *quadragésima*, que significa “cuarenta” o “cuarentena”. Dentro de la tradición judeocristiana, el número 40 es sagrado y pleno de intenciones simbólicas. Muchos de los acontecimientos relatados en el Antiguo y el Nuevo Testamento contenidos en la Biblia se rigen por periodos de 40 días o 40 años. Por ejemplo, el famoso Diluvio Universal consignado en el Génesis, y considerado por Jehová como un instrumento para castigar la maldad y perversión humanas, duró 40 días y 40 noches. Después de vivir durante 430 años en las negras tierras de Egipto, para huir de la furia del faraón egipcio y conducido por Moisés, el pueblo judío erró por el desierto durante 40 años antes de llegar a la Tierra Prometida.

Cuando Jehová entregó a Moisés el Decálogo o Tablas de la Ley, el patriarca estuvo 40 días en el monte Sinaí, consagrado al ayuno y la meditación, hasta que descendió portando en sus manos los Mandamientos de la Santa Ley, que guardó en el Arca de la Alianza depositada en el Tabernáculo; es decir, el santuario portátil que los hijos de Israel llevaban consigo en el desierto.

Por haberse inclinado hacia el ejercicio de prácticas paganas, alejadas de la ley de Dios, Jehová castigó a los israelitas con 40 años de esclavitud bajo la férula de los filisteos, hasta que fueron liberados por Sansón, uno de los principales jueces judíos, famoso por su enorme fuerza, proveniente de sus largos cabellos.

Asentados ya en la Tierra Prometida, los judíos nombraron como rey a Saúl, a quien lo sucedió David, hijo de José, de la tribu de Judea. David dio muerte al gigante Goliat, filisteo que constantemente molestaba a los judíos con sus ataques. El reinado de David duró 40 años, durante los cuales extendió las fronteras de Palestina y conquistó Jerusalén. Lo sucedió Salomón, su hijo, quien mandó construir el templo de Jerusalén y escribió tres libros inmortales: el Eclesiastés, Proverbios y el Cantar de los Cantares. Su sabio gobierno también duró 40 años.

Elías, el profeta de Jehová y consejero del rey y del pueblo, fue perseguido por el rey Acad por anunciar su desastroso final y por haber dado muerte a los sacerdotes del dios fenicio Baal. Para escapar de la furia del monarca, Elías huyó y caminó durante 40 días hasta llegar al monte Horeb, a fin de esconderse en una cueva.

A su vez, el profeta Jonás desobedeció la orden de Jehová de predicar en la ciudad de Nínive. Como castigo, el barco en que navegaba naufragó y a él se lo tragó una ballena. Jonás vivió en el vientre del animal durante tres días, fue perdonado por Dios y, obediente, retomó su camino hacia Nínive, donde predicó 40 días antes de pronosticar su destrucción por corrupta e idólatra.

En el Nuevo Testamento, el número 40 aparece ligado a la vida de Jesucristo, pues igual cantidad de días debieron transcurrir desde su nacimiento hasta su presentación en el templo y la ceremonia de purificación de su madre, la Virgen María.

Asimismo, Cristo permaneció 40 días en el desierto en completo ayuno y dedicado a la meditación, con el propósito de purificarse y entregarse a la predicación.

El rito de la Cuaresma comenzó a celebrarse en el siglo IV, bajo el papado de Gregorio Magno, el cuarto papa de la Iglesia, en homenaje a los 40 días que Jesús ayunó en el desierto. Además, se le

consideraba un periodo de preparación religiosa de los catecúmenos que se aprestaban a recibir el bautismo como muestra de su deseo de pertenecer a la Iglesia católica.

La Cuaresma es el lapso especialmente dedicado a la preparación espiritual para recibir la Pascua de Resurrección. Por lo tanto, conlleva una extrema penitencia y ayunos antaño muy rigurosos, ya que desde el siglo VII hasta el IX se prohibió estrictamente ingerir cualquier tipo de alimento antes de la puesta del sol, e incluso los fieles estaban obligados a restringir su sueño, a alejarse de las diversiones y a mantener un extremo recogimiento.

La austeridad de la Cuaresma de los primeros tiempos, relata Antonio García Cubas (1945) en *El libro de mis recuerdos*, consistía en:

La abstinencia de carne, huevos, leche y vino y en comer una sola vez al día, después de vísperas, o sea, por la tarde. Esta costumbre prevaleció hasta el siglo XIII. Los de la Iglesia de Oriente fueron más estrictos que los latinos, pues limitaban sus alimentos a pan y agua, frutas secas y legumbres. En el siglo XII los latinos agregaron a la comida algunas conservas, permitiéndoseles en la noche tomar agua y poco vino, corto refrigerio al que se dio nombre de colación.

En 1762, el papa Clemente XIII concedió la facultad de comer durante la Cuaresma huevos, manteca, queso y otros laticinios y también carne, con excepción de los primeros cuatro días, de los miércoles, viernes y sábado y de toda la Semana Santa. Pero imponía a todos los que usasen de esa gracia el deber de observar la ley del ayuno con una sola comida y a los ricos, además, el de distribuir limosnas a los pobres. Esa gracia siguió ampliándose por los sumos pontífices, reduciéndose las excepciones a sólo el Miércoles de Ceniza, los viernes y los cuatro últimos días de la Semana Santa.

Hoy en día el ayuno cuaresmal se inicia el Miércoles de Ceniza, a fin de completar los 40 días, pues se exceptúa el domingo por tratarse del día del Señor. La abstinencia se ha concretado a no comer carne en los viernes de Cuaresma, sino pescado, aun cuando los católicos más ortodoxos guardan a diario durante el periodo cuaresmal. El nuevo Ordo de los rituales de Semana Santa dicta que los ayunos terminen a la medianoche entre el Sábado Santo y la Doménica de Pascua.

Miércoles de Ceniza

El Miércoles de Ceniza tiene lugar tres días después de las fiestas del carnaval. El rito de tomar ceniza consiste en una cruz que el sacerdote dibuja en la frente de los creyentes al tiempo que repite: "Polvo eres y en polvo te convertirás", cuyo significado simbólico reside precisamente en esa frase, ya que el ritual tiene como objetivo recordar la insignificancia de la vida material ante la trascendencia de la vida espiritual. Este recordatorio viene muy acorde con el inicio del periodo de recogimiento, penitencia y sufrimiento que trae consigo Semana Santa tras la alegría y el desenfreno del carnaval.

La procedencia de las cenizas con que se marca la frente posee asimismo un simbolismo ritual. En muchos lugares se bendicen las cenizas, obtenidas tras ser quemadas las palmas benditas del año precedente. Una semana antes del Miércoles de Ceniza, los feligreses llevan a la iglesia las palmas que adquirieron el Domingo de Ramos del año previo, de modo que sean quemadas y se obtengan las cenizas litúrgicas.

En tiempos de los cristianos primitivos, alrededor del siglo III, los penitentes se vestían con telas burdas, obtenidas de sacos de trigo, y se cubrían la cabeza con ceniza, lo cual constituía la señal externa de la penitencia canónica que se iniciaba a principios de la Cuaresma y terminaba el Jueves Santo. Cuando los penitentes públicos desaparecieron, el uso de llenarse de cenizas la cabeza se eliminó y la costumbre pasó a los fieles modificada como la conocemos en la actualidad: una pequeña cruz dibujada en la frente. La ceniza constituye el símbolo de que uno ama a Dios y de que quiere morir con él. Por lo general el sacerdote pone la ceniza utilizando el dedo pulgar, aun cuando hoy en día se suele emplear un sello de corcho llamado "Jesucristo".

Viernes de Dolores

Los seis viernes que comprende la Cuaresma son muy relevantes desde el punto de vista religioso y cultural, pues en éstos se expresan muchas manifestaciones de la cultura popular. Por lo común, en esos días se efectúan ferias, bailes, verbenas, juegos pirotécnicos, procesiones, misas, música de banda y de grupos comerciales, desfiles de carros alegóricos, representaciones bíblicas, calendas, danzas tradicionales y elaboración de artesanías *ad hoc*. En estas festividades los funcionarios tradicionales que integran las cofradías son los responsables de la coordinación de la fiesta y del cuidado de la iglesia y las imágenes.

Al sexto Viernes de Cuaresma se le conoce como Viernes de Dolores, consagrado a venerar a la Virgen de los Dolores y a recordar los sufrimientos que padeció. La imaginería popular representa a la Virgen de los Dolores con rostro doliente, lágrimas amargas que fluyen de sus ojos y siete puñales que traspasan su sangrante corazón, símbolo de los dolores padecidos. A veces se le ve traspasada con un solo puñal de plata.

El primer dolor de la Virgen acaeció cuando el rey Herodes se enteró del nacimiento de Jesús y ordenó degollar a los niños menores de dos años que vivían en Belén; un ángel enviado por Dios les anunció a María y José del peligro que corría su hijo, por lo que decidieron huir a Egipto. El segundo dolor de María tuvo lugar durante el viaje que cada año realizaba la Sagrada Familia a Jerusalén, a fin de celebrar la Pascua judía. Cuando Jesús contaba con 12 años, se perdió entre la multitud que abarrotaba el templo de esa ciudad; sus padres, muy asustados, lo buscaron. Tres días después lo encontraron en el mismo templo cuestionando, discutiendo y saciando sus ansias de saber con los doctores de la ley, quienes quedaron asombrados de la sapiencia de un niño de tan corta edad. El tercer sufrimiento de la Virgen acaeció cuando Jesús fue presentado en el templo de Jerusalén, a los 40 días de su

nacimiento. Simeón, un hombre bueno y noble, tomó al niño en sus brazos y, tras dirigirle a Jehová las siguientes palabras, vaticinó la muerte del Señor en la Cruz: “Señor, ya puede morir tu siervo, porque mis ojos han visto la salvación que ofreces a los hombres: una luz que iluminará a los gentiles y es la gloria excelsa de tu pueblo de Israel”. Los cuatro restantes dolores de la Virgen corresponden a la etapa de la Pasión de Cristo. Se refieren a las estaciones de Jesús en su camino hacia el monte Calvario, a su crucifixión, al descenso de su cuerpo de la Cruz y a su sepultura.

El altar de Dolores

La celebración del Viernes de Dolores se instauró por resolución del sínodo provincial efectuado en Colonia, Alemania, en 1413. Ese día se acostumbra montar un altar dedicado a la Virgen. La costumbre se inició en nuestro país a raíz de la evangelización, aunque, a despecho de su raigambre católica, en el altar se amalgamaron algunos rasgos prehispánicos relacionados con la fertilidad de la tierra, como lo testimonian las semillas germinadas, las verduras frescas, las flores y las frutas que aparecen en su decoración.

Aunque de seguro desde el siglo **xvi** se levantaba altar a la Virgen de los Dolores, los testimonios más fidedignos se remontan al siglo **xviii**, cuando se acostumbraba ponerlos en las iglesias y en las casas particulares. La fiesta se iniciaba con las bandas militares que tocaban la “diana” al amanecer. Para el siglo **xix** la tradición estaba muy arraigada y los hogares de la Ciudad de México se engalanaban con estos altares profusamente adornados. Para empezar a construirlos, en las casas se echaba mano de una mesa sobre la que se ponían cajas como bases hasta formar una plataforma escalonada forrada con tela blanca, adornada con moños y listones de colores, o bien se le ponía un mantel de lino, encaje o papel picado de varios colores. La mesa se ubicaba pegada a una pared de la sala, por ser el lugar más importante de la casa. Sobre la pared se ponía una cortina de lino o seda, preferentemente de color blanco, para formar una especie de enmarcado. Bajo este cortinaje se colocaba un cuadro de la Virgen de los Dolores y, arriba de éste, la escultura de un Santo Cristo.

Sobre el altar se iban acomodando objetos: candeleros, platos con dulces cristalizados, naranjas doradas a las que se clavaban banderitas hechas con papel de oro y plata, jarros, comales y cualquier utensilio de barro poroso mojado donde se “sembraban” semillas de chíá por fuera, manteniéndolo húmedo hasta que la semilla germinaba. Si se quería que la planta adoptara un color amarillo, se le dejaba germinar fuera del alcance de los rayos del sol; si, en cambio, se quería obtener un color verde, se le ponía al sol. También se utilizaban animalitos de barro de formas variadas, en cuyo cuerpo estriado se depositaba la chíá.

En platos y macetas se sembraban semillas de trigo, lenteja, cebada y amaranto con las que se seguía el mismo procedimiento que con la chíá, a modo de lograr la coloración deseada. Además, el altar llevaba muchas macetas con flores de distintos colores y plantas verdes, juegos de esferas de cristal colorido o botellones de vidrio que iban unos dentro de otros y se conocían como “ojos de boticario”.

En el altar no podían faltar las aguas frescas de horchata, jamaica, limón con chía y tamarindo. Estos refrescos debían estar muy endulzados, ya que simbolizaban las lágrimas de la Virgen, que a pesar del dolor debieron de ser muy dulces. Era costumbre que las aguas se ofrecieran a los que pasaban por las casas, que mantenían sus puertas abiertas para tal propósito.

Aparte de estas aguas destinadas a beberse, se elaboraban otras que se teñían con productos vegetales o químicos. Así, los pétalos de la amapola daban un color colorado; el palo de Campeche, carmesí; la flor de jamaica, púrpura; la piedrecilla de alumbre, tornasol; la grana y la cochinilla, morado; la caparrosa, azul; la pimpinela, verde; la solución acidulada de cromato amarillo neutro con carbonato de potasa, amarillo, y el bicromato de potasa, también amarillo. Las aguas teñidas se colocaban en botellones especiales para la ocasión que se iluminaban por atrás con lamparitas de aceite, a fin de que brillaran y difundieran rayos de colores. Al pie del altar se formaba un tapete de figuras hecho con pétalos de flores, polvo de café y obleas desmenuzadas, y al centro se colocaba el anagrama de la Virgen.

En la tarde del Viernes de Dolores se efectuaba una misa en las casas de las personas adineradas, a la que asistían familiares y amigos. Las mujeres usaban vestidos de luto y los hombres, traje oscuro, para escuchar al sacerdote hablar acerca de la Pasión de Cristo. Acabado el acto religioso se ofrecía a los convidados una merienda de tamales, atole, pasteles, dulces y chocolate con leche. Asimismo se obsequiaba a los participantes con un pequeño recuerdo.

Domingo de Ramos

Después de mucho peregrinar acompañado de sus apóstoles para divulgar su prédica en Judea, Jesucristo llegó a la ciudad de Jerusalén, donde fue recibido por una multitud de hombres y mujeres que lo aclamaron portando ramos y palmas. A su paso por las calles, el pueblo le extendía alfombras a sus pies y lo obsequiaban con flores al tiempo que exclamaba: “¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”.

Este hecho bíblico dio origen a la celebración del Domingo de Ramos con la bendición de las palmas en las iglesias. La costumbre llegó a México, procedente de España, gracias a los primeros frailes evangelizadores. En los primeros tiempos de la Colonia los artesanos empezaron a tejer figuras con fibras vegetales, a la manera en que se hacía en Alicante, región donde en un inicio se emplearon el laurel y el romero para más tarde, en el siglo xv, sustituirse por la palma.

En la actualidad, en México se acostumbra celebrar el Domingo de Ramos con adornos en las capillas exteriores de las iglesias y los fieles acuden a bendecir sus palmas para colocarlas en las puertas de sus casas o en sus altares domésticos, con el propósito de proteger los hogares y librarlos del mal. La ceremonia ha dado lugar a una manifestación artesanal muy extendida a lo largo del país y en la propia Ciudad de México, donde se observan cálices, cruces, custodias, palomas y Cristos tejidos con palma o con tallos y espigas de trigo. Es una creencia generalizada que con las palmas bendi-

tas se ahuyenta a los malos espíritus y se protege la casa de enfermedades y la mala suerte. Al colocar las palmas se debe rezar la siguiente oración:

Bendice, Señor, nuestro hogar.
Que tu hijo Jesús y la Virgen María en él.
Por tu intercesión danos paz, amor y respeto,
para que respetándonos y amándonos
los sepamos honrar en nuestra vida familiar.
Sé tú el rey de nuestro hogar.
Amén.

Lunes, martes y miércoles santos

Al Domingo de Ramos lo sigue el Lunes Santo, día en que la liturgia de la Iglesia católica ordena que se efectúe una misa de Pasión del Señor de la Espina, y que por la noche se rece un rosario y se escuche el sermón.

El Martes Santo se inicia con una misa de Pasión al Divino Preso; después se reza el rosario y se dicta el sermón. El Miércoles Santo acontece la misa de Pasión del Señor de las Maravillas y se consuma la ceremonia del Aposentillo. Un testimonio anónimo nos dice que: “Al caer la tarde del miércoles [Santo] se realiza la celebración del ‘Aposentillo’, que surge en la Nueva España alrededor del siglo xvii a iniciativa de los misioneros franciscanos que habían llegado a estas tierras para evangelizar a los indios, la cual tiene como finalidad recordar y acompañar a Jesús dentro de su prisión”.

Al caer la noche se inicia una procesión encabezada por el Señor del Golpe, la cual culmina con un rosario cantado y un sermón. En ese día, hasta mediados del siglo xx se llevaban a cabo dos ceremonias importantes: la Seña, por la mañana, y el Oficio de Tinieblas, por la noche. Estas ceremonias poco a poco perdieron vigencia y en el presente sólo se celebraban en la catedral de Sevilla, España, así como en las de Puebla, Guadalajara y la Ciudad de México.

En la ceremonia de la Seña los canónigos se vestían de negro y se cubrían las cabezas con un capirote. Salían del coro uno tras otro, acompañados por el solemne toque de una campana oculta. Al llegar a la primera grada del presbiterio se arrodillaban, se persignaban y, acto seguido, tomaban su lugar correspondiente. Después aparecía otro capitular con una enorme bandera negra, cruzada en su totalidad por una ancha cruz roja y cuyas puntas sostenían dos canónigos.

El abanderado se colocaba en el centro del círculo formado por los hombres de negro y, mirando en dirección a los fieles, inclinaba la bandera hacia la derecha y la izquierda, la echaba una y otra vez sobre sus hombros y la abatía, en tanto que los canónigos se tendían en el suelo, boca abajo. Después, desde el presbiterio y con la bandera enarbolada hacía la señal de la cruz para bendecir a los fieles. Finalmente colocaba el estandarte en el altar mayor.

Esta ceremonia simbolizaba el triunfo del cristianismo sobre el paganismo. El color negro representaba las sombras en que Jesús quedó envuelto al morir, y el rojo de la cruz, la sangre que derramó en el monte Calvario.

En la ceremonia de las Tinieblas se colocaba un candelabro triangular con 15 velas encendidas a un lado del altar mayor, mientras que en las gradas de éste permanecían apagadas seis más. En tanto los canónigos entonaban cantos rituales, las luces se iban apagando una a una, hasta quedar sólo aquella que representaba a Cristo y simbolizaba que éste no moría, porque resucitaba. Las 15 velas representaban a los 12 apóstoles y a las tres Marías: la Virgen María, María Magdalena y María de Betania, hermana menor de Lázaro de Betania.

El Triudo Sacro

Los tres días restantes de Semana Santa reciben el nombre de Triudo Sacro. En los Evangelios se lee que Cristo cenó en la noche del Jueves Santo acompañado de sus 12 discípulos, un hecho que conocemos como la Última Cena, la cual consistió en un cordero macho asado, sin ningún hueso roto, pan ázimo y una ensalada de hierbas amargas, tal como lo ordenaba el Éxodo en su capítulo XII para conmemorar el día de la Pascua judía, en memoria del cordero que los judíos esclavizados por el faraón egipcio sacrificaron en sus casas y con cuya sangre marcaron sus puertas para preservarse de la matanza, pues Jehová, enojado por el trato de esclavo que se daba a su pueblo, había enviado al Ángel de Dios a exterminar a todos los primogénitos de las familias egipcias.

Al terminar de cenar, Jesús lavó los pies de cada uno de sus apóstoles, como símbolo de su sagrada humildad. Cumplida esta tarea, tomó de la mesa un trozo de pan, rezó, lo bendijo y lo distribuyó en pedacitos entre sus discípulos, mientras decía: “¡Tomad y comed, éste es mi cuerpo!”. Poco después cogió el cáliz de plata que contenía el vino, oró, lo bendijo y exclamó: ‘¡Bebed todos de él, que ésta es mi sangre. Haced esto en memoria de mí!’”. En ese momento se instituyó el sacramento de la Sagrada Eucaristía, que siguió celebrándose como parte del ritual de Semana Santa, al igual que el lavatorio de pies.

Ese día los feligreses realizan la famosa “visita a las siete casas”. En cada una de las iglesias rezan una “estación” o un “vía crucis” entero. El peregrinaje simboliza los lugares por donde transitó Cristo cuando fue apresado. Las iglesias visitadas con mayor asiduidad por los feligreses en el centro de la Ciudad de México son las de Santa Loreto, Nuestra Señora del Carmen, San Sebastián Mártir, Regina, Santo Domingo, San Francisco y la Profesa.

El Viernes Santo se celebra la Pasión y muerte de Jesucristo. Es un día de ayuno y abstinencia. Los oficiantes de la Iglesia deben vestir de negro; el altar queda vacío y las velas, apagadas, en señal de duelo porque Jesús ha sido sentenciado a muerte. Jesús rezó en el huerto de Getsemaní del monte de Los Olivos, aguardando a ser capturado por los soldados romanos, a consecuencia de la traición de Judas Iscariote, y fue sentenciado a morir en la cruz en el monte Calvario o Gólgota.

Ese día se representa la Pasión en numerosas comunidades de nuestro país. Sin lugar a dudas se trata de una de las expresiones populares más representativas del teatro religioso, que trataremos adelante.

El Sábado Santo es el día en que se sepultó a Cristo. Cuando murió, uno de sus discípulos, llamado José de Arimatea, se presentó ante Pilatos para solicitarle el cuerpo de Jesús. Junto con su amigo Nicodemo, embalsamó, perfumó el cadáver y lo envolvió en una sábana para sepultarlo en una pequeña gruta que tapó con una losa. De acuerdo con el mito religioso, Jesús bajó ese mismo día al infierno y sacó a las almas de los santos, que no se sabe por qué se encontraban allí.

Anteriormente se le conocía como Sábado de Gloria, por conmemorarse la resurrección de Cristo. Sin embargo, en 1962, el Concilio Vaticano II, convocado por el papa Juan XXIII, dispuso que la ceremonia conmemorativa no se realizaría por la mañana, como antaño, sino a medianoche.

En muchos estados y en la Ciudad de México se lleva a cabo la tradicional “quema de Judas” a lo largo de ese día, y en las zonas más populares es costumbre mojar a las personas con cubetadas de agua, como símbolo de buena suerte y bendición, además de jalarles el pelo o propinarles coscorrones leves a los niños, a fin de que crezcan saludables. Entonces aparecen apostados en las esquinas los vendedores de Judas de cartón y matracas de madera colorida para la “quema de Judas”, antigua costumbre que ha dado lugar a una auténtica expresión del arte popular.

Domingo de Pascua o de Resurrección

Ese día Cristo resucitó en la madrugada. Pasados 40 días se presentó ante sus apóstoles y todos fueron al monte de Los Olivos, donde los bendijo para luego subir al cielo en medio de una nube. Mientras tanto, un ángel bajó de las alturas y les dijo: “¡Qué esperáis, creyentes galileos, Jesucristo no volverá a la Tierra hasta que, con esta misma majestad, venga a juzgar a todos los hombres!”. Por eso el Domingo de Pascua es la fiesta más solemne de toda la cristiandad.

La palabra “Pascua” proviene del hebreo *pesach*, que significa “paso” o “tránsito”. La Pascua judía se celebraba todos los años desde la víspera del día 15 de Nisán hasta la puesta del sol del día 22 (marzo-abril). Con ésta se conmemoraba el “paso” de Jehová por Egipto, el castigo infligido a los primogénitos egipcios, la liberación de los judíos del yugo egipcio, la instauración del sacrificio del cordero pascual y la comida de los *mazath* o pan ázimo. Ya lo dice la Biblia: “Siete días comerás ázimos y el día séptimo será fiesta de Yahveh [...] En aquel día harás saber a tu hijo: ‘Esto es con motivo de lo que hizo conmigo Yahveh cuando salí de Egipto’” (Éxodo, 13: 6 y 8).

A partir de ese domingo comienza la cincuentena o tiempo pascual, que se prolonga hasta el día de Pentecostés o Pascua del Espíritu Santo. Son 50 días de alegría y felicidad en que se celebra, de acuerdo con la cosmovisión cristiana, la realidad del reino de Dios. Debido a que el ciclo pascual constituye el clímax de la liturgia cristiana, durante el periodo de la conquista espiritual los misioneros tuvieron buen cuidado de dar una gran solemnidad a la fiesta del Domingo de la Pascua de Resurrección.

Históricamente, la Pascua cristiana empezó a celebrarse a partir del siglo II. La primera celebración de la misma coincidió con la Pascua judía. Para los judíos-cristianos, quienes consideraban a Cristo como el cordero pascual, la Pascua estaba estrechamente ligada a la hebrea y festejaban la Pascua florida justo después del ayuno, sin importar en qué día cayera. En cambio, los cristianos no judíos pensaban que, por haber sido la resurrección en domingo, la crucifixión debía conmemorarse el Viernes Santo, sin importar el día del mes.

En el año 325, el Concilio de Nicea decretó que la Pascua cristiana se celebraría el domingo después del plenilunio que sigue al equinoccio de primavera; por lo tanto, nunca antes del 22 de marzo ni después del 25 de abril. Es pues de vital importancia la fijación del equinoccio de primavera, ya que no sólo marca el inicio de una estación, sino también la duración del año solar, porque de acuerdo con la traslación y rotación de la Tierra en relación con el Sol se ajusta el tiempo de todo el mundo. El día del equinoccio la duración del día y de la noche es igual, de 12 horas. Una vez fijada la Pascua se pueden determinar todas las fiestas móviles del calendario católico, como la Cuaresma, que se inicia 40 días antes de la Pascua, descartando los domingos.

En México la fiesta se implantó desde principios de la Colonia. Se festejaba con una procesión que salía del templo de San José —situado en la actual esquina de Isabel la Católica y Madero—, en la que participaban 230 andas con imágenes, acompañadas por las cofradías y los gremios, colocados en orden de importancia. Indios y españoles se vestían de blanco y llevaban guirnalda de flores en la cabeza y en las manos, de modo que el acto se convertía en una verdadera Pascua florida.

Estas procesiones dejaron de existir a mediados del siglo XIX, cuando surgió la costumbre de regalar dulces y postres a los familiares y amigos, invitándolos a las tan preciadas meriendas chcolateras de la Pascua florida, en las cuales se saboreaban suspiros de novia, cajetas, jamoncillos, bizcochos de huevo, cabellitos de ángel, animalitos de pepita, delicias de almendra y muchos otros dulces con los que contaba nuestra gastronomía y de los cuales tantos han desaparecido.

El estudioso de las tradiciones don Sebastián Vertí refiere esto en su libro *Tradiciones mexicanas*:

Es por ello que la auténtica costumbre derivada de la tradición mexicana haya sido el obsequiar dulces y postres autóctonos, así como las meriendas con sus deliciosas frutas de horno.

Recientemente, y como consecuencia de la comunicación con otras culturas, se ha tratado de introducir las costumbres de otros países, entre ellas la de regalar huevos y conejitos de Pascua. Se trata de un uso popular europeo que pasó a la América sajona en la época colonial. El huevo simboliza para los pueblos campesinos (la pascua en sus orígenes judaicos fue una fiesta campesina) la creación del reino animal sobre la tierra. En cuanto al conejo, simbolizaba la fecundidad por excelencia, lo cual, entendido en sentido espiritual, era como una actitud de la mente humana en la que debe fructificar la palabra de Dios para dar frutos de bondad, amor y buenas acciones (Vertí, 1991).

He aquí una de las tantas tradiciones que se han perdido en nuestra cultura popular.

Las primeras representaciones de la Pasión y la muerte de Jesús en México

En muchos pueblos de México y en la ciudad capital se representa la Pasión de Cristo durante el Viernes Santo como parte de las expresiones del teatro popular religioso. El origen de estas representaciones se remonta a los tiempos en que los 12 frailes franciscanos evangelizadores, llegados con los conquistadores españoles, se dieron a la tarea de implantar el teatro religioso medieval como parte de sus instrumentos para ideologizar. Fue cuando los clérigos organizaron la representación de “pasos”, una forma teatral de corta duración en la que participaban tres o cuatro personajes que se escenificaba el día del Santo Entierro y se acompañaba de música y danza.

Al referirse a estos pasos, Toribio de Sandoval Martín Cortés, cacique indígena de Cuernavaca, comentaba lo siguiente, según el testimonio del historiador Fernando Horcasitas: “Aquí comienza de cómo se hacía la Pasión de Nuestro dios; no era sólo como diversión; de cómo los humillaron, para que nosotros recordemos cómo se hizo [...] y para que recordemos cómo murió Nuestro Dios, así se mandará hacer en su memoria”.

Este indígena recuerda un drama de la Pasión que se ponía en escena y ordena que se siga representando en lo futuro. Debido a los pocos datos existentes, es difícil saber si esta pieza es la más antigua, si estuvo conectada con otros autos de la Pasión del siglo XVI o si fue la fuente original de la *Pasión del Domingo de Ramos* de Tepalcingo, Morelos.

Otro de los primeros pasos escenificado en suelo conquistado se llamó *El auto de la Pasión de Cuernavaca*, presentado entre 1525 y 1540.

A finales del siglo XVI fray Francisco de Gamboa dirigía la representación de *Pasos de la Pasión*, que organizaba la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad todos los viernes de Cuaresma en la capilla de San José de los Naturales de la Ciudad de México. El estudioso del teatro Olavarría señala: “Dispuso para todos los viernes unas prácticas religiosas de que formaba parte un sermón, durante el cual se representaba algún paso de la Pasión de Nuestro Señor. Las representaciones indudablemente serían mudas, pues de otra suerte hubieran sido incomprensibles en el sermón”.

Fray Juan de Torquemada dirigió la escenificación en la mencionada capilla de San José de los famosos *neixcuitilli* (ejemplos), escenas mudas ejemplares sobre el Calvario del Cristo.

Hacia 1583 se tienen noticias de la representación de la Pasión en Chalco-Amecameca, organizada por frailes dominicos. Según Mariángela Rodríguez (1991) en su libro *Hacia la estrella con la Pasión y la ciudad auestas*, se tienen noticias de una representación de la Pasión en Chalco-Amecameca en 1583, realizada a instancias de los frailes dominicos, y tal vez antecedente del ciclo pasional Tlalmanalco-Amecameca. Esta investigadora nos habla de una Pasión representada los viernes santos en la villa de Coyoacán.

En el siglo XVIII se escribió en lengua náhuatl *La Pasión del Domingo de Ramos*, que se escenificaba en Tepalcingo, Morelos. Su introducción en ese lugar se relacionó con el culto a Jesús Nazareno y a su santuario, pues según los cronistas del siglo XVII allí se fundó una cofradía dedicada al mismo e

integrada por españoles e indígenas. La cofradía desapareció a mediados del siglo XIX, aunque la devoción continúa y atrae a miles de peregrinos hacia el santuario.

La obra se divide en 30 cuadros y su origen exacto se desconoce. Su contenido se basa en los Evangelios bíblicos, en los apócrifos y en la inventiva popular. El autor —o los autores— no se apoyó en un evangelista en especial, pues extrajo de la Biblia las partes que consideró más relevantes, sin importar si venían de uno u otro Evangelio. De la tradición apócrifa se extrajeron escenas como la impresión del rostro de Jesús en el paño de la Verónica, hecho registrado en un texto latino medieval; además, la inventiva popular le ha agregado partes que difícilmente se encontrarían en los textos evangélicos oficiales.

En 1967, Horcasitas se dio a la tarea de buscar alguna copia del manuscrito en el pueblo de Tepalcingo, pues el documento que él conoció se encuentra en el Middle American Research Institute de la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. No encontró ninguno ni los habitantes tenían memoria de que la Pasión se hubiera representado en lengua náhuatl en ese siglo. En cambio, alrededor de 1955 los pobladores de Tepalcingo decidieron representar un drama durante la Cuaresma. Consiguieron *El mártir del Gólgota*, de Enrique Pérez Esrich (1823-1897), tomaron fragmentos de él y lo pusieron en escena durante seis años.

En Axochiapan, Morelos, se presentó a mediados del siglo XVIII *La Pasión según san Mateo*, cuyo manuscrito se encuentra hoy en día en el Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México. Axochiapan es un pueblo del estado de Morelos que se localiza 14 kilómetros al sur de Tepalcingo, una cercanía que sugiere alguna conexión con la Pasión que se escenifica en ese lugar. La obra de Axochiapan es también de mediados del siglo XVIII. Mientras que los personajes del drama de Tepalcingo son 35, en esta obra hay 40 personajes en escena. En opinión de Horcasitas, el argumento, los episodios y el texto de la pieza de Axochiapan presentan gran similitud con la de Tepalcingo, por lo que concluye que “es posible que una dependa de la otra o que quizá las dos estaban basadas en una obra más antigua, que fue copiada y difundida en los pueblos de la región”.

En el fondo Inquisición del Archivo General de la Nación existe un expediente donde se habla de un ciclo de representaciones de la Pasión en náhuatl y castellano, en el sureste del actual Estado de México y en el noroeste de Morelos, conocidas como *El ciclo de la Pasión de Tlalmanalco-Amecameca*. En este expediente, que data de 1768, el dominico fray Antonio Victoria, comisario del Santo Oficio en la provincia de Chimalhuacán-Chalco —que incluía Tlalmanalco, Amecameca, Ozumba y algunos otros pueblos—, afirmaba que las representaciones se hacían sin ningún respeto, ya que Cristo salía semidesnudo, con gran “indecencia y escándalo”, y Judas hacía puras payasadas. Por tal motivo, en marzo de 1768 el Santo Oficio ordenó la prohibición de tales representaciones.

En junio del mismo año el teólogo Francisco Larrea dictaminó que “es lícita la representación teatral de la Pasión y Muerte de Nuestro señor Jesucristo en lengua vulgar castellana y mexicana y podrán practicar estas representaciones mientras la malicia no abuse de ellas”.

La serie de dramas de la Pasión Tlalmanalco-Amecameca se desarrolló donde coexistían tres órdenes religiosas: la franciscana, la dominica y la agustina.

En la actualidad, las representaciones de la Pasión siguen escenificándose en muchos estados de la república, como Campeche, Chiapas y San Luis Potosí; destacan, por su número y belleza, las del Estado de México, Ciudad de México, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Morelos, Puebla y Querétaro.

Bibliografía

- Altamirano, Ignacio Manuel (1974). *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México*. México: Porrúa.
- Calendario de fiestas tradicionales* (1988). México: Dirección General de Culturas Populares-SEP.
- Calendario Litúrgico Pastoral 1991* (1990). México: Obra Nacional de la Buena Prensa.
- Campos, Rubén M. (1929). *El folklore literario en México. Investigación de la producción literaria popular*. México: Talleres Gráficos de la Nación.
- ____ (1958). "Semana Santa". En *Fiesta*. México: Talleres de la Secretaría de Hacienda.
- Castelló Iturbide, María Teresa (1958). "El altar del Viernes de Dolores". En *Fiesta*. México: Talleres de la Secretaría de Hacienda.
- Catalán Blanco, Juan Carlos (s.f.). "Las fiestas de carnestolendas y la celebración de la Semana Santa en la época colonial" [inédito]. s.l.: Dirección General de Culturas Populares de Guerrero-SEP.
- Cid, Carlos, y Manuel Riu (1965). *Historia de las religiones*. Barcelona: Sopena.
- ____ (1987). *Compendio de historia sagrada y de la historia de la Iglesia*. México: Progreso.
- Crumrine N., Roos (1979). "Cuaresma". En *Gran Enciclopedia Rialp*. Madrid: Rialp.
- Estrada, Genaro (1945). *Visionario de la Nueva España*. México: Patria.
- Estrada, Humberto (1985). "La cuaresma" [inédito]. s.l.: Dirección General de Culturas Populares-SEP.
- Foster, George M. (1962). *Cultura y conquista*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- García Cubas, Antonio (1945). *El libro de mis recuerdos*. México: Patria.
- González Obregón, Luis (1936). *Croniquillas de la Nueva España*. México: Botas.
- ____ (1941). *Las calles de México*. México: Botas.
- Horcasitas, Fernando (1974). *El teatro náhuatl: época novohispana y moderna*. México: IIH-UNAM.
- Iglesias y Cabrera, Sonia C. (1996). *Tradiciones de Cuaresma y Semana Santa*. México: Museo Nacional de Culturas Populares-Dirección General de Culturas Populares.
- ____ (2001). *La semana Santa en México. Con la muerte en la cruz*. México: Dirección General de Culturas Populares.
- Lercaro, Giacomo (1960). *¿Cuál es el vocabulario de la liturgia católica?* México: Novaro.
- Macgowan, Kenneth, y William Melnitz (1964). *Las edades de oro del teatro*. México: FCE.
- Mendieta, Gerónimo de (1945). *Historia eclesiástica indiana*. México: Salvador Sánchez.
- Mendoza, Vicente T., y Adalberto Fuentes Cruz (1945). "Drama de la Pasión intitulado: el drama del Gólgota, que se representa en la delegación de Milpa Alta, D.F.". *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*, 6.
- Moreno Toscano, Alejandra (1981). "La conquista espiritual". En *Historia general de México*. México: El Colegio de México.

- Olavarría Ferrari, Enrique de (1953). "Pasión de Cristo". En *Enciclopedia de la religión católica* [t. V]. Barcelona: Dalma y Jovier.
- _____ (1961). *Reseña del teatro en México*. México: Porrúa.
- Pike E., Royston (1986). *Diccionario de religiones*. México: FCE.
- Prieto, Guillermo (1969). *Memorias de mis tiempos*. México: Patria.
- Rodríguez, Mariángela (1991). *Hacia la estrella con la Pasión y la ciudad a cuestas. Semana Santa en Iztapalapa*. México: Ediciones de la Casa Chata-CIESAS.
- Sociedad Bíblica Británica y Extranjera de Londres (1929). *La Santa Biblia*. Londres: SBBEL.
- Vetancurt, Agustín de (1941). *Teatro mexicano: descripción breve de los sucesos ejemplares de la Nueva España en el mundo occidental de las Indias*. Madrid: J. Porrúa.
- Verti, Sebastián (1991). *Tradiciones mexicanas*. México: Diana.
- Weckmann, Luis (1984). *La herencia medieval de México*. México: FCE.